

en órden á pedir, retener, desechar, huir ó aborrecer estas ó aquellas cosas.

De este modo iba yo aprendiendo poco á poco muchas palabras en varias sentencias y proposiciones que oía, puestas y colocadas en sus propios y correspondientes lugares; y oyendo unas mismas palabras muchas veces, iba aprendiendo lo que significaban. Finalmente, adiestrándose mis labios y lengua en formar aquellas mismas palabras, conseguí explicar con ellas los deseos de mi voluntad. De este modo comencé á hablar con los que andaban á mi lado, y este fue como el primer paso que di en la carrera peligrosa del trato y sociedad humana, dependiendo siempre de la autoridad de mis padres y voluntad de mis mayores.

NOTA.

<sup>1</sup> Los antiguos, segun dice san Isidoro (lib. 11 Orig. cap. 2) dividian la vida del hombre en seis edades, esto es, en *infancia*, *puericia*, *adolescencia*, *juventud*, *varonia* ó *gravedad*, y *la vejez*. La infancia comprendia los siete primeros años desde que nace el hombre; y la puericia los siete siguientes. La adolescencia comprendia otros catorce

años, y se extendia hasta los veintiocho. La juventud se concluía á los cincuenta años. La varonia ó gravedad (que es la edad media entre la juventud y vejez), duraba hasta los setenta años. Y últimamente la vejez, que no tiene mas término que la muerte.

CAPÍTULO IX.

*Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego, y temor al castigo.*

14. ¡Qué de miserias y engaños, Dios y Señor mio, comencé desde luego á experimentar en la sociedad humana! porque desde la tierna edad de mi puericia me proponian y enseñaban que era recto y justo obedecer á los que me aconsejaban que procurase lucir y florecer en este siglo, aventajándome y sobresaliendo en el estudio de aquellas artes y facultades parteras, que sirven para adquirir reputacion y honor entre los hombres, y las riquezas del mundo vanas y falaces.

En consecuencia de esto me pusieron á la escuela para que aprendiese á leer y escribir: en lo que yo no advertia qué utilidad pudiese haber; y no obstante, me azotaban cuan-



do era negligente en aprender. Este rigor era alabado de mis padres y mayores; pero ello es cierto que muchos que nos han precedido en esta vida nos han dejado abiertos unos caminos trabajosos, por los cuales nos hacen ir por fuerza, multiplicando así los dolores y penalidades á los hijos de Adan.

Pero hallé y tuve maestros que os invocaban, Dios y Señor mio, y en sus necesidades se encomendaban á Vos, y yo tambien lo aprendí de ellos. Desde entonces conocí yo, segun los alcances de mi corta edad, que Vos érais una cosa tan grande y excelente, que podiais oirnos y favorecernos, aunque no os manifestárais á nuestros sentidos. Por lo cual desde niño acostumbraba acudir á Vos como á mi defensa y amparo, y rompía los nudos de mi lengua para invocaros y pedir os favor; y aun siendo yo tan pequeño, os suplicaba con el mayor fervor que no me azotasen en la escuela. Y cuando (para bien mio) no me lo concedíais, los hombres, y aun mis padres que no me deseaban mal alguno, se reian de que me hubiesen azotado; siendo así que era para mí entonces el mayor y mas grave mal que pudiera sucederme.

18. ¿Hay por ventura, Señor, algun ánimo tan grande, y unido á Vos con un amor tan fino y excelente, que se burle tanto de los trabajos por vuestro amor? (porque la insensatez puede tambien hacerlo): ¿hay, pues, algun hombre, vuelvo á decir, que en fuerza del amor y caridad fervorosa con que os ama, esté tan grandemente apasionado de Vos, que se burle de los potros, garfios de hierro, y de otros tormentos semejantes? (para librarse de los cuales, y compelidos del gran temor que les tienen los hombres, en todo el universo acuden á Vos con fervorosas súplicas): ¿hay, pues, alguno que los juzgue todos tan leves y de tan poca consideracion, que se burle tanto de los que temen aquellas penas y martirios, como nuestros padres se reian y burlaban de los tormentos con que los muchachos éramos afligidos de nuestros maestros? Pues á la verdad, ni yo los temia menos que aquellos otros puedan temer los tormentos insinuados, ni os suplicaba con menos fervor que ellos, que me libráseis de semejantes castigos, no obstante que yo los mereciese por mi negligencia en aprender, haciendo menos



de lo que me pedían y mandaban en cuanto á leer y escribir. Porque á mí no me faltaba memoria ni ingenio, pues Vos, Señor, me lo dísteis muy suficiente para aquella edad; pero gustaba del juego, y por él me castigaban los que tenían el mismo gusto y ejecutaban lo propio. Pero los juegos y diversiones de los que son ya hombres hechos se llaman quehaceres, negocios y ocupaciones; y los juegos y entretenimientos de los muchachos son castigados de los maestros y mayores como delitos; y no hay quien tenga lástima ni se compadezca de aquellos, ó de estos, ó de unos y de otros.

En efecto, cualquier hombre que juzgue bien y rectamente de las cosas, no me parece que aprobaría que yo fuese azotado por jugar á la pelota en aquella edad, porque el juego me impedía aprovechar en un estudio, con el cual había yo de jugar, cuando mayor, con modo mas culpable y reprehensible; ni tampoco negaría, que el mismo que me azotaba incurria en semejantes ó mayores defectos, pues si en alguna disputa era vencido por otro maestro quedaba mas atormentado

de cólera y envidia, que podía yo quedar, cuando en el juego de la pelota era vencido del compañero con quien jugaba.

## CAPÍTULO X.

*Como por amor al juego no se aplicaba al estudio.*

16. No obstante, ello es cierto que yo pecaba, Dios y Señor mio, autor y ordenador de todas las criaturas (aunque de los pecados solamente *ordenador*<sup>1</sup>, mas no autor), es cierto que yo pecaba, obrando contra lo que me mandaban mis padres y maestros: pues podía hacer buen uso de aquellas letras que querían que aprendiese, fuese su ánimo entonces el que fuese. Porque á la verdad, yo no dejaba de hacer aquello que me mandaban, por ocuparme en otras cosas mejores; sino por la afición que tenía al juego, en cuyos lances deseaba con cierto aire de soberbia quedar siempre victorioso; y tambien porque gustaba de oír fingidos cuentos y fábulas, que cada vez me aficionaban mas, y excitaban en mí mayor deseo de oírlas: y aviván-



dose mas y mas mi curiosidad, y pasándose de los oídos á los ojos, me inclinaba y hacia desear ardentísimamente hallarme en aquellos espectáculos y juegos á que los hombres ya grandes solian asistir: los cuales espectáculos y juegos los disponen y mandan ejecutar unos sujetos tan autorizados y de tan superior dignidad en la república, que casi todos los demás hombres desearian que sus hijos llegasen á verse en estado de mandar y disponer aquello mismo; y no obstante llevan á bien y consienten que sean castigados, si por divertirse en ver aquellos juegos, dejan de adelantar en el estudio, con el cual desean que lleguen algun dia á poder dar al pueblo aquellos espectáculos y diversiones.

Mirad, Señor, con ojos de misericordia estas contrariedades de los hombres, y libradnos de incurrir en ellas á todos los que os invocamos; y librad tambien á los que todavía no os invocan, para que lo hagan, y los libreis enteramente.

NOTA.

<sup>1</sup> Es doctrina del santo Doctor, y la repite muchas veces, que de los mismos pecados de los hom-

bres se suele Dios servir, ya para castigo de otros antecedentes, ya para humillar á los soberbios, ya para otros fines de su ocultísima y justísima providencia. Así en el capítulo XII de este mismo libro dice el Santo: *Tu verò... errore omnium... utebáris ad utilitatem meam: meo autem... (scil. utebáris) ad pœnam meam. Ita de non benè facientibus tu benè faciebas mihi. Jussisti enim, et sic est, ut pœna sua sibi sit omnis inordinatus animus*: pero del error que cometian todos aquellos... os servíais para mi provecho; y del que yo cometia... os valíais para mi castigo. Así, Señor, de los que no hacian bien, hacíais bien para mí: y de mi mismo pecado formábais justamente mi castigo. Porque Vos habeis dispuesto (y se cumple puntualmente la órden), que todo corazon desordenado sea verdugo de sí mismo.

Tambien en el libro 11 de la ciudad de Dios, capít. 17, dice el Santo: *Deus sicut naturarum bonarum optimus Creator est, ita malarum voluntatum justissimus ordinator*: así como Dios es óptimo criador de todas las cosas buenas, así es tambien justísimo ordenador de todas las voluntades malas. De donde se infiere que la mente de san Agustín en este capítulo X de las Confesiones es la misma que en los lugares citados, y en otros muchos que pudieran citarse: y en todos enseña constantemente el Santo, que de las cosas buenas es Dios no solamente ordenador, sino tambien autor y criador; pero de los pecados, errores y vicios *solamente es ordenador: peccatorum tantum ordinator*; no porque los mande, sino porque primeramente los per-



mite, y luego los ordena á los fines que tiene determinados su altísima providencia, que tuvo por mejor sacar de los males bienes, que dejar de permitir que hubiese males: *Melius judicavit de malis benè facere, quam mala nulla esse permittere*, que dice el santo Doctor en el Enquiridion, cap. 29 y 27.

### CAPÍTULO XI.

*Afligido con una enfermedad pide el Bautismo: pero habiéndose mejorado prontamente, se dilata el dársele por consejo de su madre.*

17. Desde mi niñez habia oido hablar algunas veces de la vida eterna que nos está prometida por el abatimiento y humildad de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que se dignó bajar hasta nosotros para curar nuestra soberbia: y por el cuidado y solicitud de mi madre, que tenia puesta en Vos toda su confianza, desde que nací era yo santiguado en vuestra Iglesia <sup>1</sup> con la señal de la cruz, y habia sido participante de su misteriosa sal. Pues ya sabeis, Señor, que siendo yo muy pequeño todavía, me ví acometido repentinamente de un gravísimo dolor de estómago,

que me puso en términos de morir. Vos, Dios mio, que velábais como mi guarda y amparo sobre la salud de mi alma, visteis con cuánta ansia y anhelo de mi corazon, y con cuánta fe pedí á mi piadosa madre, y á la que es madre de todos nosotros, vuestra Iglesia católica, que me concediese el bautismo de Jesucristo, vuestro Hijo, Dios y Señor nuestro.

Este accidente conturbó mucho á mi madre; pero como deseaba mi salud eterna, y con el mas fino amor y caridad me paria espiritualmente á vuestra fe, procuró á toda prisa que se me confriese aquel saludable Sacramento, con que habia de ser lavado de todas las manchas de mis culpas, confesando á mi Señor Jesucristo para lograr el perdon de todos mis pecados: y hubiera tenido efecto nuestra intencion entonces, á no ser porque mejoré prontamente, y quedé fuera de aquel peligro. Así se dilató para mas adelante mi bautismo, en que se habia de haber lavado y purificado mi alma: creyendo que despues de aquel lavatorio serian mayores y mas peligrosas las manchas de mis delitos; como si fuera inevitable y forzoso el volver á mancharme, si quedaba vivo.



De modo, Señor, que desde aquella edad ya creía yo en Vos, juntamente con mi madre y toda nuestra familia, exceptuando á mi padre solamente : cuyo respeto y autoridad nunca preponderó en mi estimacion á la que yo tenía y hacia de la piedad de mi madre ; y así no pudo él con su ejemplo apartarme de creer en mi Señor Jesucristo. Y por otra parte ponía mi madre toda su atencion en procurar que á Vos, Dios mio, os tuviese por mi padre verdadero, mas bien que al que me habia engendrado. Y Vos, Señor, la ayudábais, haciendo que su dictámen y piedad prevaleciesen en mí, respecto de la autoridad y ejemplo del varon á quien ella no obstante obedecia y servia, siendo mejor que él : porque conocia que en esto os servia y obedecia á Vos, que se lo mandábais.

18. Pero quisiera saber, Dios mio (si esto fuere conforme á vuestra voluntad), con qué fin se dilató mi bautismo por entonces : y si acaso fue para mi provecho, que con aquella dilacion me dejasen como sueltas las riendas para pecar ; ó si verdaderamente no fue esto dejármelas sueltas para el pecado. Porque si no es así, ¿ qué fundamento puede

tener lo que aun ahora por todas partes oimos decir de muchos : *Dejadle que haga lo que quiera, pues aun no está bautizado?* Pero en verdad, que hablando de la salud del cuerpo no decimos : *Dejadle que reciba mas heridas, ó que tenga mas llagas, pues todavia no ha sanado de las primeras.*

Pues ¿ cuánto mejor hubiera sido que se me hubiese dado cuanto antes la salud, y que mis cuidados y los de mis padres se ocupasen en conservar y asegurar, mediante vuestra proteccion, la salud de mi alma, que hubiera entonces recibido de Vos? Mejor hubiera sido ciertamente. Pero las muchas y grandes olas de tentaciones que me amenazaban, y despues de pasada la puericia habian de acometerme, ya mi madre las presentia y conocia anticipadamente ; y mas quiso exponer á los golpes de aquellas olas el barro de que se habia de formar despues mi imágen, que no la misma imágen formada ya y perfecta.

NOTA.

<sup>1</sup> No era permitido á los catecúmenos hacer ellos sobre sí la señal de la cruz, ni tampoco tomar por



sus manos la sal que se les daba durante el estado de catecúmenos; sino que esto lo recibían de mano de los ministros catequizantes. Tampoco se les permitía aprender ni rezar el Símbolo de la fe, ni la oración del Padre nuestro, solamente se les cantaba uno y otro, y se les explicaba algunos días antes de recibir el Bautismo; pero se les daba la sal misteriosa y bendita, siempre que se les examinaba; y antes y después de recibirla, les hacían muchas veces la señal de la cruz con este orden: En primer lugar el padrino y la madrina, en segundo un acólito, en tercero el padrino, en cuarto otro acólito, en quinto el padrino, en sexto otro tercer acólito, en séptimo el padrino, en octavo un presbítero, y en noveno lugar el padrino. La Iglesia romana había establecido fuesen siete estos exámenes ó escrutinios que se hacían de los catecúmenos, en reverencia de los siete dones del Espíritu Santo: comenzaban el miércoles de la tercera semana de Cuaresma, y se acababan en uno de los días de la Semana Santa: y solamente después del séptimo y último escrutinio, era cuando se les explicaba la primera vez el símbolo de los catecúmenos, y desde entonces se les llamaba *Competentes*.

## CAPÍTULO XII.

*Como le compelian y forzaban al estudio, y como Dios volvía en bienes sus males.*

19. En aquella misma edad de mi puericia, en que había menos que temer que en la juventud, no amaba yo las letras, y aborrecía que me precisasen á estudiarlas. En esto me hacían bien, y yo era el que obraba mal; porque no hubiera aprendido si por fuerza no me hubieren obligado; y porque ninguno hace bien aquello que hace por fuerza, aunque sea bueno aquello mismo que hace.

Ni tampoco me hacían bien los que me violentaban al estudio; sino que todo el bien que se me hacía en esto, de Vos me provenía, Dios y Señor mio. Porque ellos no miraban ni atendían á qué fin podía yo ordenar aquellas letras que por fuerza me hacían aprender, mas que á saciar los insaciables deseos de una rica pobreza y de una afrentosa gloria. Pero Vos, que *teneis contados todos los cabellos de nuestra cabeza*, del error que



cometian todos aquellos que me violentaban, usábais Vos y os servíais para mi provecho ; y del que yo cometia no queriendo aprender, os valíais para mi castigo : que no dejaba de merecerlo, siendo en aquella edad tamaño muchachuelo y tamaño pecador. Así, Señor, de los que no hacian bien en lo que hacian conmigo, sacábais bien y provecho para mí ; y de mi mismo pecado sacábais justamente mi castigo. Porque Vos teneis dispuesto (y se cumple puntualmente el orden vuestro) que todo ánimo desordenado sea verdugo de sí mismo.

### CAPÍTULO XIII.

*A qué estudio se aficionaba mas.*

20. Desde mi tierna edad me hacian aprender el griego ; pero yo aborrecia semejante estudio : y no sé por qué le tenia tanta aversion entonces, que aun ahora no he podido acabar de averiguar el motivo.

Al contrario me sucedió con el latin, al cual me aficioné mucho ; no digo aquel latin que podian enseñarme los maestros de pri-

meras letras, sino el que enseñan los que se llaman gramáticos ; porque aquel otro estudio de las primeras letras, en que se aprende á leer, escribir y contar, no le tenia por menos pesado y penoso que el de todo el griego.

Pues ¿ de dónde podia dimanar esta aversion, sino de mi pecado, y de lo caduco de esta vida, por ser el hombre compuesto de carne animada de un espíritu, cuya vida es <sup>t</sup> como *un soplo de aire pasajero que va y no vuelve?* Porque á la verdad, el estudio de aquellas primeras letras era mejor y mas sólido ; pues con él podia conseguir, como de hecho conseguí entonces y tambien ahora, ya el leer lo que hallo escrito, ya tambien escribir todo lo que quiero. Pero en el otro estudio, á que yo me incliné mas, me obligaban á aprender los errados rumbos de no sé qué Eneas, olvidándome de lo errado de los míos : y á llorar la desgracia de Dido, que por amor de Eneas se mató á sí misma ; cuando yo, miserable de mí, no lloraba la muerte que á mí mismo me daban estas fábulas, apartándome de Vos, que sois mi Dios y mi vida.



21. ¿Qué cosa mas digna de compasion y lástima, que un hombre infeliz y miserable que no tenia lástima ni se compadecia de sí mismo, y que lloraba la muerte de Dido causada de su grande amor á Eneas ; no llorando mi propia muerte , causada de no amáros á Vos, Dios mio, luz de mi corazon, sustento y fortaleza de mi alma, y virtud que la fecundais, llenando toda la capacidad de mi entendimiento?

No os amaba yo, Señor ; antes bien os era desleal : y andando así perdido, por todas partes *oía mis aplausos. Porque tener amistad con este mundo*, es apartarse de Vos : y por ese apartamiento recibe el hombre aplausos en el mundo, para que se avergüence, si no persevera en la union y amistad de quien le aplaude tanto.

No lloraba yo esto, y lloraba á Dido, que por último extremo de su amor se mató á sí misma ; siendo así que yo amaba extremadamente á vuestras criaturas, dejándoos de amar á Vos, y portándome como terreno en tener puesta mi aficion en cosas de la tierra. Y estaba tan aficionado y adherido á aquella lectura, que si me estorbaran leer aquellas

cosas, lo sentiria mucho, porque no me dejaban leer lo que me causaria sentimiento. Pues estas y semejantes locuras son reputadas por mejores estudios, y aplaudidas con el nombre de bellas letras : y su estudio se juzga de mas utilidad que el otro en que me enseñaron á leer y á escribir.

22. Pero al presente, Dios mio, dad voces en lo interior de mi alma, y clame allí vuestra verdad diciéndome : *No es así, no es así ; mejor es sin duda aquella doctrina y enseñanza primera*. Porque á la verdad yo mas quisiera que se me olvidaran los rodeos por donde anduvo Eneas, y las demás historietas á este modo, que el escribir y leer.

Bien sé que las puertas de sus aulas las cubren los gramáticos con una especie de velos ó cortinas ; pero estas no tanto sirven para significar los misterios que sus fábulas occultan, quanto para encubrir los errores y desvarios que allí se enseñan.

No tienen que alborotarse ni dar voces contra mí ; que no les temo desde que en vuestra presencia, Dios mio, confieso los afectos y deseos de mi alma, y he resuelto acusarme de las erradas sendas que he seguido, para



enmendar lo que he errado, y seguir de aquí adelante el camino de vuestras santas leyes y preceptos.

No se me opongan, ni griten contra mí los que viven de vender y comparar las doctrinas y reglas de la gramática; porque si yo les pregunto si es verdad que Eneas vino alguna vez á Cartago, como dice Virgilio, los menos instruidos responderán que no lo saben; pero los que saben algo mas, dirán que aquello no es verdad. Pero si les preguntase con qué letras se escribe el nombre de Eneas, todos los que aprendieron á escribir responderán uniformemente y conformándose con aquellas reglas y forma de caracteres que están instituidos y determinados por el convenio y voluntad de los hombres, y será verdadera su respuesta. Y finalmente, si les preguntara cuál seria mayor daño para esta vida, olvidársele á un hombre el leer y el escribir, ú olvidársele todas aquellas ficciones poéticas, ¿quién no ve lo que responderia cualquiera que no estuviese olvidado enteramente de sí mismo?

Luego aun siendo muchacho hacia yo mal en amar y aficionarme mas al estudio de

aquellas cosas tan vanas, que al de estas, que son mas útiles y provechosas; ó por mejor decir, obraba mal amando aquellas, y aborreciendo estas. Pues ¿qué diré de mi repugnancia á los primeros principios de la aritmética? era para mí una cancion insufrible el oír á los otros, y repetir yo mismo: *uno y uno son dos; dos y dos son cuatro*; cuando por otra parte era para mi gusto un pasaje muy delicioso, el de aquel caballo de madera lleno de gente armada, el incendio de Troya, y la *sombra de Creusa*.

NOTA.

<sup>1</sup> Como si dijera: Esto nacia de lo caduco y frágil de mi vida; porque siendo el hombre compuesto de alma y cuerpo, tiene diversas y contrarias inclinaciones. Y como dice el P. J. M. *carne y espíritu* aquí se deben tomar en el mismo sentido que cuando dijo nuestro Salvador: *El espíritu está pronto, pero la carne es flaca*: Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma. (Matth. xxvi, 41).



CAPÍTULO XIV.

*Del aborrecimiento que tenia al estudio de la lengua griega.*

23. Pues ¿cómo aborrecia yo tambien la gramática griega, que enseña estas y semejantes fábulas? porque Homero verdaderamente es diestrísimo en tejer estas ficciones, y es dulcísicamente vano; y no obstante era bien amargo para mí cuando muchacho. Yo creo que lo mismo les sucederá respecto de Virgilio á los muchachos griegos de nacimiento cuando los obliguen á aprenderle, como á mí me obligaban á aprender á Homero.

Esto debía consistir, en que la gran dificultad que generalmente hay en aprender una lengua extraña, servia de amarga hiel con que se rociaban todas las dulzuras que yo hallaba en la narracion de las fábulas griegas. Pues cuando aun no sabia palabra de aquel idioma, me obligaban con terribles amenazas y crueles castigos á que le aprendiera.

Es verdad que tambien durante algun tiempo de mi infancia estuve sin saber palabra alguna de la lengua latina; y con todo eso solamente de oirla hablar la aprendí (sin que me hostigasen con miedos ni tormentos), entre los halagos y caricias de las amas, y entre las chanzas y juegos de los que me entretenían ó se divertian conmigo. Pero si la aprendí, sin que ninguno me estimulase con castigos ni amenazas, fue porque mi mismo corazon me obligaba á que manifestase sus interiores afectos; lo que no pudiera hacer, si no hubiera aprendido algunas palabras, no de los que las enseñaban, sino de los que las hablaban en mi presencia, en cuyos oidos procuraba yo tambien ir pariendo á mi modo mis conceptos. De donde se infiere, que para aprender estas cosas conduce mas una curiosidad voluntaria, que el temor y la violencia.

Pero ya conozco, Dios mio, que es voluntad vuestra servir de este freno, para reprimir el exceso de aquella curiosidad: siendo este uno de los efectos de vuestras leyes y determinaciones, que comprenden y abrazan todas las edades de los hombres desde las pal-



metas que sufren los niños de mano de sus maestros, hasta las torturas que padecen de los tiranos los mártires; y de este modo vuestras divinas leyes nos hacen volver á Vos, porque van mezclando saludables amarguras en los mismos deleites ponzoñosos que nos habian apartado de Vos.

### CAPÍTULO XV.

#### *Oracion del Santo á la Majestad divina.*

24. Oid, Señor, benignamente la súplica que os hago, y concededme que mi alma no desfallezca siguiendo los documentos de vuestra enseñanza, y no cese yo de alabaros y bendeciros por las misericordias que conmigo habeis usado, sacándome de todos los perversos caminos de la iniquidad, por donde yo andaba perdido. Haced, Dios mio, que perciba en Vos una dulzura incomparablemente mayor que la de todos los engañosos deleites que antes seguia; y así os ame ardentísimamente y cuanto me fuere posible; y que con todas las fuerzas de mi alma me abrace de vuestra mano poderosa, para que

me saqueis victorioso de todas las tentaciones que hasta el fin de mi vida me puedan acometer.

Y pues Vos, Señor, sois mi verdadero Rey y mi Dios, quiero emplear en servicio vuestro todo cuanto bueno y útil aprendí de muchacho. Sea, vuelvo á decir, para servicio vuestro todo cuanto aprendí y adelanté en hablar, en leer, en escribir y en contar, lo cual yo os consagro en reconocimiento de lo que me castigásteis por la adhesion que tenia á aquellas vanidades de las fábulas, y de que me habeis perdonado los pecados de deleitarme en ellas. Es cierto que estudiándolas aprendí muchos buenos vocablos y palabras útiles; pero tambien lo es, que se pueden aprender en otros escritos, que no son tan fabulosos y vanos; y este es el camino seguro por donde se habia de llevar á los muchachos <sup>1</sup>.

#### NOTA.

<sup>1</sup> Esto que dice aquí san Agustin, se vió claramente cumplido, con gran provecho de los estudiantes cristianos, en tiempo del emperador Juliano apóstata. Sintiendo este, y deseando impedir



que los profesores cristianos, explicando á sus discípulos el poeta Homero y otros autores gentiles, les hiciesen ver lo ridículo de la religion pagana, publicó dos leyes : por la una excluyó de toda cátedra y enseñanza á los Cristianos; y en la otra prohibió á los cristianos estudiantes no solamente la entrada en los colegios públicos, sino tambien la lectura de los autores profanos. Entonces los hombres mas hábiles y sábios entre los Cristianos, como san Gregorio Nazianceno, Apolinar, Orígenes, y algunos otros, que estaban muy versados é instruidos en toda clase de letras, compusieron en prosa y verso infinidad de tratados sobre todas materias, y los pusieron en manos de los jóvenes cristianos, por donde ellos aprendian todo cuanto era necesario y conducente para pulir é ilustrar su entendimiento, para ejercitar la memoria, y para formar su corazon, sin el riesgo de beber con la doctrina la ponzoña del vicio. Pues esto mismo que consiguieron entonces los Cristianos, compellidos de la persecucion, se pudiera conseguir mejor en todo tiempo, como dice aquí san Agustin.

### CAPÍTULO XVI.

*Reprueba el método que comunmente se observa en la enseñanza de la juventud.*

25. Pero ¡oh funesto y caudaloso río de la costumbre! ¿quién te podrá resistir?

¿hasta cuándo ha de durar tu corriente sin secarse? ¿hasta cuándo envolverás en tus olas á los hijos de Eva, dando con ellos en este mar profundo y espantoso, que apenas en la sagrada nave de la cruz se puede vadear? ¿por ventura no fue la costumbre la que puso en mi mano aquellos libros, en que leí que Júpiter truena en el cielo, y adultera en la tierra? Y verdaderamente él no pudiera hacer estas dos cosas; pero esto se fingió con la mira de que el adulterio verdadero tuviese un modelo autorizado con un trueno fingido.

Pero ¿qué filósofo de buen juicio oye con serenidad de ánimo y con paciencia lo que el otro de su misma profesion está clamando y diciendo : *Estas cosas las fingia Homero, que trasladaba á los dioses las flaquezas de los hombres, y mas quisiera yo que hubiera trasladado á nosotros las virtudes de los dioses?* Es muy cierto que Homero fingió todas estas cosas; pero fue siempre atribuyendo divinidad ó haciendo dioses á unos hombres viciosos y malvados, para que los delitos mas enormes no pareciesen tales; y para que se juzgase que cualquiera que hiciese aquellas



maldades, no imitaba á unos hombres perdidos, sino á unos dioses que habitaban en los cielos.

Y no obstante eso, ¡oh rio infernal de la costumbre! á tí se arrojan los hijos de los hombres con los estipendios que dan por aprender unas máximas tan perjudiciales; y se tiene por una gran cosa, cuando esto se ejecuta públicamente en la plaza y con autoridad de las leyes, que determinan se les den salarios y gratificaciones además de sus ordinarios estipendios<sup>2</sup>, y entonces conmovidas tus piedras con el imperio de tus olas\*, hacen gran ruido diciendo: aquí se aprende á hablar bien: aquí se adquiere la elocuencia, tan necesaria para persuadir las cosas y explicar las sentencias. Pues qué, ¿no podríamos saber estas palabras, *rocío de oro, regazo, engaño, bóveda del cielo*, y otras tales voces que se hallan escritas en la misma fábula, si Terencio no hubiera introducido en una de sus comedias á aquel jóven lascivo que toma á Júpiter por ejemplo de su impureza, mirando una pintura que habia en la

\* Esto es, alborotados los hombres, que siguen tu corriente.

pared, donde se representaba el modo con que dicen que Júpiter engañó á Danae, bajando á su regazo disfrazado y transformado en rocío ó lluvia de oro? Y vé aquí como aquel jóven se provoca á sí mismo á deshonestidad, diciendo de este modo: «Pero ¿qué Dios fue el que cometió este estupro? No «menos que aquel Dios tan poderoso, que «con los truenos hace que se estremezcan y «retumben las bóvedas del cielo. Pues yo, «que soy un hombre mortal y flaco, ¿tendré «por cosa indigna de ejecutarse lo que se «dice haber ejecutado un Dios tan grande? «Lo hizo efectivamente y con toda voluntad.»

De donde se sigue que la obscenidad y torpeza de esta fábula no es la que sirve y conduce para que se aprendan mejor aquellas expresiones; antes al contrario, por medio de semejantes palabras se obra con mayor libertad aquella torpeza. No acuso yo las voces ó palabras, que son como unos vasos preciosos y exquisitos; sino el vino del error que nos daban á beber en ellos unos maestros embriagados ya de él, y que nos castigaban si no queríamos beberle; sin que nos



fuera permitido apelar á algun juez sóbrio, y que no estuviese preocupado como ellos y poseido del error.

Y no obstante eso, yo, Dios mio, en cuya presencia hago memoria de estas cosas con seguridad, las aprendí gustoso, y pobre de mí, me deleitaba en ellas; y por eso se decia de mí, que era un muchacho de grandes esperanzas.

NOTAS.

<sup>1</sup> Prosigue quejándose de la costumbre de enseñar á la juventud por aquellos autores profanos y peligrosos; explicando la fuerza de la costumbre en la metáfora de un rio, que con su impetuosa corriente lo arrastra todo: pues tambien todos los hombres se dejan llevar de la costumbre, sin poder resistir el ímpetu y fuerza de su corriente.

<sup>2</sup> Continúa la metáfora de un rio, que hace ruido con las piedras que conmueve dándose unas contra otras; y así tambien los hombres que se llevan de la costumbre de enseñar y leer aquellos poetas, dan voces y claman diciendo, que allí se aprende á hablar bien, etc.

CAPÍTULO XVII.

*Continúa reprendiendo el modo acostumbrado de ejercitar á los jóvenes en el estudio.*

27. Permitidme, Dios mio, que diga tambien algo del ingenio que Vos me dísteis, y de los desatinos en que le ejercitaba.

Se me daba un asunto, sobre el cual habia de componer: y esto causaba bastante desasosiego é inquietud en mi alma, ya por ganar el premio de alabanza, ya por el deshonor á que me exponia, y ya por el miedo de los azotes con que me amenazaban. Se me proponia, pues, por asunto, que dijera yo las palabras que diria Juno airada y muy sentida, porque no podia impedir que abor-dase á Italia el rey de los troyanos; cuyas palabras nunca habia oido que Juno las dijese; pero nos obligaban á que, siguiendo las huellas de las ficciones poéticas, dijésemos en prosa algo que fuese semejante á lo que el poeta hubiera dicho en verso. Y aquel era mas alabado, que con mas propiedad habia sabido contrahacer y remedar los afectos